

sea es un buen patriota. Bravo, D. Nicolás, atacó valerosamente á Jalapa; pero fué rechazado. Sin embargo, nunca pueden ser grandes las pérdidas de ese gefe porque lo protejen los comerciantes de Veracruz, encantados de su incansable generosidad. Bravo por su parte, siempre tiene los brazos abiertos para todo el mundo. Los Villagran, Osorno y tantos otros, siguen por aquí y por allá robando y haciendo diabluras sin obedecer á nadie, á los cuales me propongo meter en cintura, si es que tengo tiempo. En fin, amigo mío, se puede decir que nosotros somos los únicos que estamos un poco menos débiles que los demas para sostener el estandarte de la independencia y que la patria lo espera de nosotros, de modo que estamos en el deber de hacer los sacrificios que podamos para sostener lo que hemos conquistado y para extendernos mas si es posible, á fin de que los demas partidarios de la libertad cobren ánimo y formen la resolucion de seguirnos.

Galeana, que no habia parpadeado, contestó:

—Mi sangre toda está á las órdenes de su excelencia y al servicio de la patria.

Morelos lo abrazó como de costumbre y le dijo enternecido:

—Pues mañana salimos temprano, hijo mio, y Dios sea con nosotros.

Al dia siguiente, 9 de Enero de 1813, salieron ambos con un poco menos de dos mil hombres de Oaxaca por distintos caminos, con el acuerdo de reunirse en Ométepec.

CAPITULO XXXVIII

NUEVO VIREY

Dejemos al óptimo capitán general Sr. Cura Morelos haciendo su marcha encubierta para Acapulco con unas cuantas tropas á medio organizar, confiando mas que en ellas en su fortuna y en su nombre, cuyo movimiento fué tan inesperado para los realistas como tantos con que se hizo admirar y temer el gefe insurgente, y ofreciendo volvernos á encontrar con muy pronto, veamos lo que estaba pasando casi al mismo tiempo en la capital.

Entremos al suntuoso palacio del conde del Jaral, llamado, segun dijimos antes, la casa de los marqueses de Moncada, y en un gabinete apartado encontraremos á tres hombres de los cuales dos nos son conocidos: Calleja y Beristain, siendo el tercero Don Bernardo Villamil, secretario del primero. Era el

nuevo secretario de Calleja un hombre chiquitin y vi-
varacho, que en esta época se le hubiera llamado sim-
plemente un títere, pero que en aquella, gracias á su
verba abundante, á ciertos términos que habia aprendi-
do de memoria en los libros que habia hojéado, y
á ciertas salidas y ocurrencias que no carecian de
oportunidad, se habia hecho lugar en la sociedad que
frecuentaba los salones de nuestro personage, hasta
ejercer en el ánimo del mismo un dominio casi abso-
luto. Para acomodarse al lado de Calleja, con quien
veía grandes perspectivas, abandonó un empleo se-
cundario que desempeñaba en la Audiencia, adhirién-
dose á aquel como una verdadera sanguijuela, sin de-
jarlo ni de dia ni de noche, pues aún para dormir se
habia acomodado en una de las mas próximas habita-
ciones. A la sazón era ya el hombre de todas las con-
fianzas del general español.

Estaban los tres sentados al rededor de una mesa,
en que habia varios papeles, y les ocupaba al parecer,
según vamos á tener informes, una conversacion de-
masiado interesante.

—De manera, señor arcediano, que usia cree á pu-
ño cerrado que Venegas me ha dado el nombramiento
de gobernador militar de México para humillarme?

—Ni más ni menos, Excelentísimo Señor.

—Vamos á ver, ¿en qué funda usia esas opiniones?

—Aquí, sin que nadie nos oiga, en que él mismo
me lo ha dicho. Este fué un consejo que le dieron
Bataller y otros de sus adictos.

—Era lo mismo que nosotros sabiamos, exclamó
el chiquitin moviéndose mucho en su asiento.

—Sí, dijo Calleja volteando á ver á su secretario
para imponerle silencio, pero no me desagradaria sa-
ber pormenores.

—Pues nada, contestó Beristain guiñando un ojo,
el vírey nos dijo pura y sencillamente: "No cabe du-
da de que Calleja está conspirando contra mí á gri-
to abierto, hasta entablado relaciones clandestinas
con los insurgentes y poniendo en ridículo todos mis
actos en sus tertulias. Yo no puedo proceder abier-
tamente contra él porque tiene mucho partido en el
ejército y con los españoles, y tambien porque tiene
demasiado apoyo en el gobierno de la Península, de
manera que necesito ligarlo á mi política de alguna
manera que le satisfaga; pero no encuentro más me-
dio que agobiarlo á nombramientos honoríficos, pues
asi cuando menos logrará ocultar sus murmuracio-
nes. El infortunado Saravia estaba nombrado pa-
ra recibir el mando general de las armas, que debe
estar dividido del gobierno civil, según la Constitu-
ción; pero como á Calleja no se le puede dar todo el
mando militar porque seria peligroso, le daremos el
mando militar de la plaza solamente con el título de
gobernador y lo humillaremos un tanto dándole á la
vez el nombramiento de teniente coronel de las mili-
cias voluntarias, que valdrá tanto como un cero á la
izquierda."

—Y qué dijeron á esto Bataller y demas conse-
jeros?

—Dijeron que con todo y eso, conocian á su excelencia y lo creían capaz de alzarse con el santo y la limosna.

—Lo cual pondría al virey con el pico caído.

—Nada de eso, porque muy jovialmente contestó: “Yo tomaré todas mis avenidas con los mismos subalternos. Lo importante es que todo el mundo vea á Calleja venir á tomar mis órdenes y á esperar en mis antecámaras, porque así se formará el juicio general de que siempre es mi inferior y de que yo soy el único que deposito la autoridad suprema.” Con lo que nos dimos por convencidos aplaudiendo la penetración de su excelencia.

Calleja se sonrió y dijo oprimiendo una de las manos del sacerdote:

—Era todo lo que deseaba saber, señor arcediano. Ahora vamos al segundo punto que es para nosotros el mas interesante. ¿Ha recibido usía contestación de su hermano?

—Varias cartas me ha escrito diciéndome que no solo ha sido bien recibido por los insurgentes, sino que cada día va ganando más su ánimo y que está seguro de ponerlos en el mejor acuerdo con vuestra excelencia.

—Pues dígame usía que procure estar al lado de Morelos ó Rayon, que son los principales, por si se nos ofreciere entrar con ellos en algun acomodo. Eso dependerá del sentido de las noticias que nos traiga el correo de España que estamos esperando. Si son favorables, para nada necesitamos de los insurgentes;

si son desastrosas, como mucho me lo temo, no nos queda mas salida que hacer una alianza general contra Venegas que nadie podrá aguantarle entonces de puro ensoberbecido.

—Crea vuestra excelencia que estoy profundamente penetrado de sus altos designios y que á ellos amoldaré todos mis trabajos.

—Sobre todo, lo que conviene es la más absoluta reserva, dijo el secretario chiquitín haciendo remolino en su sillón.

—¡Ah! Eso sobre todo, contestó Beristain con aire beatífico.

—Ahora será bueno que usía salga de la casa con precauciones, agregó Calleja, no vaya á ser que el virey tenga espías y se figure que estamos en connivencias.

—Después que su excelencia ha aceptado estos últimos nombramientos con toda humildad, el virey cree que cuenta con la discreción de vuestra excelencia.

—Nunca son por demas las precauciones.

El arcediano comprendió que debía dejar solo á Calleja con su secretario y se despidió ofreciendo arrojarse á Venegas todo lo posible para seguir conociendo sus pensamientos. Calleja le dió las gracias, lo acompañó hasta el cancel de la escalera y se volvió sonriendo á su despacho, seguido de su secretario que lo habia acompañado y que tambien sonreía imitando en todo las actitudes de su amo.

—Todo marcha á pedir de boca, dijo el general

español arrellenándose en un sillón. Venegas cree que me tiene cogido por el ronzal porque he aceptado sus nombramientos, á favor de los cuales podemos obrar con mayor libertad. Cuando abra los ojos ya serán mías todas las tropas que por burla ha puesto á mis órdenes y con ellas solas podré hacer una revolución á la hora que más me convenga, pues compuestas en su mayor parte de americanos, nada desean tanto como que se realice la independencia y ni un solo soldado protestará en el caso que tengamos que dar ese grito.

El secretario D. Bernardo Villamil dió varios brinquetes de gusto en señal de aplauso á todo lo que acababa de decir Calleja.

—Ahora necesitamos de la persona de confianza que ha de ir á Veracruz. Vea usted si está por allí aun D. Torcuato Trujillo.

A los pocos momentos entró en el gabinete el coronel D. Torcuato Trujillo haciendo muchas cortesías al teniente coronel de voluntarios.

Hacia una hora que estaba esperando en una de las antesalas.

—Señor Trujillo, le dijo Calleja despues de los saludos de costumbre, yo estoy encargado, como juez militar, de formar la causa de usted por todos los abusos y latrocinios que cometió en Valladolid, y conforme á mis atribuciones podia en este momento mismo mandarlo á una prision de la cual no me saldria en muchos años, y esto pagando debidamente en dinero constante todo lo que ha pasado á sus manos mal habido.

Los cargos son terribles y están bien comprobados.

—Excelentísimo señor, le contestó Trujillo, mil veces me he regocijado de que sea vuesencia quien tenga que conocer de mi causa, porque vuesencia que sabe estimar el honor de los militares españoles, no me deshonrará. Bien sé que las acusaciones que pesan sobre mí son muchas y que de ellas sabria sacar mucho partido un enemigo, pero no un amigo y mucho menos aun un soldado que comprende las situaciones difíciles en que suele encontrarse un gefe que tiene que recurrir á medidas extremas para lograr el ver coronados de buen éxito sus menores esfuerzos.

—Es que las empresas de usted han excedido á todo cuanto pueda imaginarse en punto á arbitrariedades y mal manejo de los fondos.

—Los malquerientes siempre dan malos informes.

—No son informes simplemente sino pruebas testimoniales de cientos de personas que han declarado ante autoridades legítimas, las que acusan á usted de haber dispuesto de las vidas y haciendas de los particulares y de la honra de las familias que usted ha mancillado sin ninguna consideracion. Pasan de quinientos mil los pesos que usted ha quitado por sí y ante sí al clero y los particulares, pasan de doscientas las ejecuciones de muerte que usted ha decretado sin forma de proceso y pasan de veinte las doncellas á quienes ha sumido en la deshonra, fuera de otros muchos escándalos de que no quiero hacer mencion.

—Señor... exclamó Trujillo atrodillándose.

—Basta, Sr. Trujillo, usted es valiente, usted se confiesa criminal y con eso tengo para convertirme en su defensor, y si acaso es posible, en su salvador; pero para ello exijo de usted un gran servicio.

—Soy esclavo de su excelencia y le ofrezco sacrificarle mi vida si es necesario.

—No quiero más sino que vaya usted acompañando á Olazábal á Veracruz, que va á salir custodiando un convoy, y que por medio de un correo de confianza me mande usted avisar lo que trae de más importante la correspondencia de España que ha llegado ó está para llegar á aquel puerto.

—Juro á vuesencia que haré como hombre de honor todo cuanto me mande.

—Pues bien: mi secretario que está aquí presente, dará á usted instrucciones y el dinero necesario para ese viaje. Nada más le digo una cosa: si usted no cumple ó se me escapa de Veracruz, aquí me responden su familia y sus intereses.

—Juro que seré leal y dechado de amigos de vuesencia, volvió á decir Trujillo.

Calleja se fué á almorzar, Villamil dió las instrucciones y Trujillo salió acompañando á Olazábal sin que nadie sospechara el objeto que lo llevaba á Veracruz, estando como estaba procesado ante el tribunal militar nuevamente organizado para juzgar delitos de infidencia y de indisciplina militar.

En los días siguientes Calleja se estuvo presentando hipócritamente á recabar las órdenes del virey, recibiendo de cuando en cuando los plantones que le

había anunciado Beristain, con los cuales quería significarle Venegas que estaba siempre abajo, por más que sus deseos fueran estar arriba; pero Calleja que no era hombre capaz de soportar por mucho tiempo tales humillaciones, aprovechó el día de Reyes, en que celebraban la pascua los militares y mandó que se organizara una procesion con toda la oficialidad de la guarnicion, compuesta de más de cuatrocientos individuos, vestidos con brillantes uniformes, acompañados de todas las músicas de los cuerpos, y él á la cabeza en carretela descubierta, salió de su casa y llegó con toda pompa al palacio, sorprendiendo al virey con tan inusitada ceremonia.

—Sóplate esta, murmuró por lo bajo viendo al virey que no encontraba cómo explicarse aquel boato.

Después, cuando salió Calleja del palacio con todo su acompañamiento, el virey dijo á su turno:

—Anda, anda, confórmate con los oropelitos.

En esa misma noche se recibió una noticia desagradable que vino á turbar un poco los regocijos de Calleja.

Es el caso que D. Nicolás Bravo ocupaba con unos seiscientos hombres y ocho piezas de artillería el puente del Rey en el camino de Veracruz, y si bien estas tropas no eran en su totalidad de las mejores, contaba con unos doscientos dragones de la costa en quienes sí tenía la mayor confianza, resolviéndose por lo mismo á impedir el paso á Olazábal, no obstante que este llevaba mil quinientos soldados de los mejores cuerpos del gobierno.